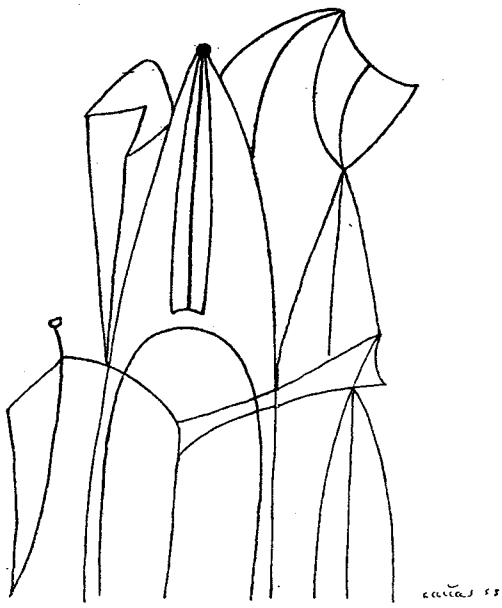


TIEMPO

POR

FERNANDO GUTIERREZ

PROLOGO

I

Bien sé que el corazón nos trasmañana
cada día el sentirse solitario
y hace, puesto a llorar, el inventario
de su obra pequeñita, pobre y llana.

Ahora se sabe ya cada mañana
que es la muerte un esfuerzo necesario
y, hecha de tantas cosas, a diario
con el sudor del corazón se gana.

Mas la amistad del corazón obliga
a realizar esfuerzos aún mayores
sin dar tiempo al esfuerzo a arrepentirse.

Y se descubre cuánta es la fatiga
cuando los hijos se hacen ya mayores
y empiezan los amigos a morirse.

II

El Tiempo, desde el hombre contemplado,
es como el hombre, pero más oscuro.
Hecho de carne y sangre, en ese muro
de nosotros vestido y rodeado.

Mirad en él, que en él no habéis mirado:
sobre lo innoble amaneció lo puro.
Tal vez por esto el hombre está seguro
de haberse, sobre el Tiempo, realizado.

Dueña del sortilegio, la vehemencia
de vivir se descansa y apacigua
y el corazón se asoma a su ventana.

Nos mira desde ayer y, con frecuencia,
nos hace la Esperanza tan antigua
que nos confunde Ayer, Hoy y Mañana.

III

Y la Esperanza es todo. El pecho vivo,
la mano ya cansada y destruída,
la prisa sin urgencia, la medida
del corazón en llanto sucesivo,

saben de qué manera es decisivo
esperar sin espera y dar cabida
en ella a ese ir haciéndose la vida
un poco sin razón y sin motivo.

De la vida a la muerte. Acaso todos
nos inventamos hombres entre tanto,
desde niños, con más o menos suerte.

Quizá es mejor así. De todos modos,
Ayer, Hoy y Mañana valen tanto
como decir Recuerdo, Amor y Muerte.

UMBRAL DEL RECUERDO

Abrís el tiempo del recuerdo. Ahora
el hombre está delante del pasado.
Polvo de vida y tiempo a cada lado
del espejo del hoy nos incorpora.

Los bordes se han perdido. Cada hora
dejó la dimensión. Un hueco helado
queda tan sólo, ya desfigurado
por ese tiempo que el espejo llora.

No conoce el recuerdo la elocuencia.
Nos habla como hablamos a la gente:
con la figura y voz de cada día.

Por eso, ahora que estoy en su presencia,
sin que cambie mi voz, sencillamente,
quiero contaros la melancolía.

DEFINICION DEL RECUERDO

Un día de esos que no tienen fecha
uno mira hacia atrás y hacia adelante
y ve la vida al lado, justa y hecha.

No es posible saber nunca en qué instante
se hizo para nosotros o la hicimos.
Pero hecha está, y es esto lo importante.

Ya no cabe pensar que la pudimos
hacer mejor, o hacerla diferente.
Fuimos, ya Dios lo sabe, como fuimos.

Sólo no ha sido nada aquella gente
que tiene el corazón escaso y hueco,
triste la mano y ácida la frente:

los secos de ternura, el que está seco
de lágrimas y sangre, y cuando grita
ni siquiera en sus huesos gime el eco.

Este ya ni ser gente necesita.
Los demás, poco a poco, a su manera,
su alma escribieron y ha quedado escrita.

Uno, entonces, se saca el alma afuera
y se pone a leer lo que ha quedado
de ese vivir que es ya la vida entera,

aunque la vida no haya terminado.
¡Cómo ha pasado el tiempo! ¡Cuántas cosas
de los libros del alma se han borrado!

Quedaron las espinas, no las rosas,
mas sí el aroma de otras que no fueron.
Pero ya es suficiente. Temerosas

caen lágrimas que ya se oscurecieron
y nos traen la presencia desvaída
de todos esos yoes que no murieron

lo bastante en nosotros ni en la vida:
los antiguos Fernandos escondidos
Dios sabe en qué rincón de una perdida

vuelta del alma, donde los sonidos
del corazón no llegan a apagarse
y se quedan atrás de sus latidos.

Y llega un día en que uno empieza a darse
sin saberlo a las cosas, y alma adentro
comienzan ya las cosas a asomarse,

definidas, situadas en el centro
de su importancia. Y luego, en lo olvidado,
nos salen otras cosas a su encuentro.

Juntas hacen el alma, pero al lado
del corazón para escuchar su prisa,
y se van ordenando así en pasado.

Hay cosas—no son muchas—con sonrisa,
otras con llanto y otras con paciencia
y algunas, pocas, que no van a misa.

Uno cree caminar con su presencia
de ese momento y va con cuantas tuvo:
con todos los Fernandos de la ausencia,

los que se han ido yendo, aquellos que hubo
anteayer, y se piensa de repente:
"No estuvo aquí este yo, pero otro estuvo."

Y estar es ser. Y ser es... Lentamente
se para el tiempo y hacia atrás camina
y uno va siendo nuevo y nuevamente.

Hay algo en la ternura que se inclina
sobre los años hechos sombra y río
y ve sin ver. Y el alma, en una esquina

del tiempo, está diciendo: "Aquello es mío."
Y yo miro y escucho y no contesto.
Tengo amargo el calor y dulce el frío.

Recordar... Recordar debe ser esto.

LOS HUECOS

Los niños por la tarde son los hombres
y se atardece siempre muy temprano.
No es la tarde del cuerpo ni del alma.
Es, y tú bien lo sabes, otra tarde.

Son las tardes por dentro de uno mismo
pausadamente idas, las pequeñas
tardes de una palabra, de una cosa,
de un ademán, de haceres que se hacen
de una manera ya un poco cansada.

Porque, corrientemente, caminando
por los pasillos del recuerdo, salen

a relucir los días y las noches
desde los hondos huecos de los tiempos
inesperadamente reencontrados.

Están alguna vez llenos de polvo,
pero debajo aún hay amor, perdura
encenizado y gris, mirando al alma.
Mas roídos de amor y de carcoma
se van desmoronando entre los dedos,
irremisiblemente irremisibles.

Ese polvo amarillo como polen
es la memoria, la feliz memoria
dispuesta, al primer soplo, a hacerse vuelo
y a convertirse lentamente en nada.

Sí, la palabra, el ademán, las cosas
sacadas de los huecos, de repente
se atardecen y se ajan, se despueblan
de aquella luz que las tocó primero,
y otra luz las oxida y descompone.

Pero, tocadas por el sueño, viven,
por la tarde, en el alma de los hombres
y le hacen la miseria más hermosa.

UN MOMENTO

Y nacía paloma la mañana.
Era temprano, el sol estaba frío
todavía, y el aire quieto, a punto
de volar. Bajo el porche, dulcemente,
alguien cantaba. Era verdad el día
y estuve yo con él. Había un chopo
a la entrada. Detrás, un viejo pino.
Luego, al pasar, delante del estanque,
empezaba la vida en un jilguero
y terminaba en peces de colores.
¿Quién los quiso pescar? ¿Fuí yo? ¿Mi hermano?
Alguien cantaba aún, y sobre el agua,
boca abajo, la tapia se movía,

temblorosa de patos y de peces.
La tapia, sí. Pero dejemos esto.
Tras la tapia empezaban otras cosas
y nacía paloma la mañana.

CEMENTERIO DE COLINDRES

A mi padre, que tiene allí a los suyos.

Allí estaba la tarde cada día
apacentando el tiempo lentamente,
solitaria y lejana y aguardando
un amante venido de muy lejos,
que, cuando la abrazara por el talle,
le saliera el ocaso a las mejillas.

Cada día tenía un sol reciente
dentro del mismo sol y el mismo día.
Era como un alegre niño antiguo
y no esa triste huerta donde acaso
los muertos lentamente se cultivan.

No esa huerta cuidada y silenciosa,
sí ese jardín que sólo viejas manos
saben ir ordenando sin palabras,
verdeciendo las horas y los días
y olvidando los años y estaciones.

Allí a los muertos se les va la muerte
en un dulce pasar, y se envejecen
calentándose al sol por las mañanas,
dando tiempo a la muerte a ser más fría.
Y vuelven a ser niños y se ríen
en una edad más nueva y más hermosa.
Les va creciendo inmóvil la blancura,
que es blancura de hogar y de familia,
y en sus cuencas vacías sueña el tiempo.

Allí duermen los muertos más dormidos,
mejor dormidos, asomando casi

sus muertos pensamientos a la tierra,
libres ya de la muerte y de las sombras.

Y cerca unos de otros, como niños
que avanzan hacia el sol cortas edades
y tienen nueva y pura la ceniza,
se descenizan lenta y dulcemente.

Cerca ya como niños, como arcángeles
con las alas podadas, viejos niños
sacando al sol a pasear sus muertes.

(Mi abuelo Pancho, el de la barba en punta,
voluntario de Cuba, excelentísimo
señor y gran carácter, hombre adusto,
erguido, duro, fuerte y solitario,
alcalde de la Habana, recto y grave,
que pasó los ochenta, y me llamaba
Fernando el marquesito.

Mi abuela Luz. Mi abuela
me trajo el mar de Cuba como dote
y sus brazos robustos de madrina.
Matrona impar de yo no sé qué Roma
que fué a la Habana y se quedó en Colindres.
Apenas la recuerdo de unas viejas
fotografías donde antiguos años
se detuvieron pardos y amarillos
y se fueron llevando línea a línea
ese voluntarioso rostro suyo
que si me dió temor no lo recuerdo.

Tíos y tías y demás parientes
que yo no conocí o conocí poco,
allí, bajo las flores que la espalda
vuelven al mar, me esperan en la muerte
sentados a la mesa de las sombras
donde la luz, igual que el pan, se sirve.)

Ahora, pasado el tiempo, no recuerdo
si había allí rosales o azucenas,
mas detrás de mis ojos queda el poso
de una ya antigua soledad de flores.

Yo no sé si la paz o si el silencio,
o tal vez ese mar que estaba cerca,
me hablaban de esas cosas que se hablan
cuando en el corazón está nevando
la primera tristeza que se tiene.

Ni siquiera llorado por las piedras,
cantado por los pájaros y peces,
costaba imaginar que aquella loma
sólo era el cementerio de Colindres.

EL MUSEO

El tiempo, tú lo sabes, muchas veces,
cuando empezamos a pensar, nos llena
el corazón de niños y de peces,

de pájaros y flores, desordena
su sangre al sol y se hace tan pequeño
como un grano de luz, canta y nos suena

a cosa que ya fuimos, deja el ceño
para otro día y, solapadamente,
nos va llevando de la mano al sueño.

Empieza entonces a mirar de frente
por la calle del Tiempo. En sus aceras
quizá no encuentre a demasiada gente,

pero es igual. Como si tú la vieras
verá parada ante el escaparate
del alma a una persona: la que quieras.

Es la que empieza el sueño. Tú haz que trate
de decirte quién es, sin que lo pidas,
y ya verás. Sin que la luz desate

su palabra o su sombra, desprendidas
de su esencia de tiempo y de distancia,
te irá mostrando cosas conocidas

del museo del sueño. Estancia a estancia,
te llevará a través de los pasillos
que arrancan desde el alma hasta la infancia

tiempo afuera, y con pasos tan sencillos
como el recuerdo cuando está maduro
y viste en paz sus trajes amarillos,

porque a todo le dió ese blanco oscuro
del tiempo que los días han quemado
con nuestra propia llama, la que el puro

sueño de ser dejó carbonizado.
Inmensas salas donde el tiempo gime
la voz ya usada, el ojo ya empezado,

y esa angustia de ser, que nos exime
del bien y el mal, de miedo y heroísmo,
y nos lastima sin que nos lastime.

Aunque todo es pequeño, da lo mismo
su tamaño y su voz: en su cabida
tiene también la pequeñez abismo.

Con lo pequeño se hace nuestra vida
y lo pequeño queda, como queda
sobre el mundo un cabello. Inadvertida

en el dolor la pequeñez se hospeda
y va haciéndose vida dolorosa.
Cada dolor con el dolor la hereda.

Y de pronto nos duele cualquier cosa
pequeñamente, entre los trastos viejos
que guarda el alma y cuida minuciosa:

todo lo que hay metido en los espejos
de nuestra voz y nuestros ojos, donde
nunca acabamos de encontrarnos lejos

de aquello que se dijo o vió, y se esconde
donde es fácil hallarlo. Silencioso,
mejor que con palabras, nos responde

aunque no preguntemos. Numeroso
se vuelve el corazón y hay un latido
que duele más, que se hace más premioso

que ninguno y que espera, convertido
ya en pura muerte lo que no se sabe,
o aquello que mejor hemos sabido.

Hay que esperar a que el latido acabe
para vivir de nuevo, a que haya dado,
dentro del corazón, vuelta a la llave,

ya en el amor o en el dolor usado.
Pero hoy no importa, que hoy está contento
el corazón y, alegre, se ha asomado

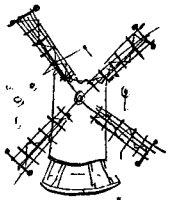
a contemplar, puesto en el alma, el viento
que desde el mar de nuestra infancia viene
limpio de tempestad y pensamiento.

Vedlo por esas salas donde tiene
ordenada la historia por estilos
nuestra niñez. Callad, porque conviene

que el dolor y el amor estén tranquilos
dentro del alma, cuando el alma es uno,
pues tenemos el alma de dos filos

y podemos herirlos con alguno.

OTRA CALLE

En esta calle estuve en otro tiempo.
Ya no sé cómo fué. Mi edad de entonces
se me diluye entre las piedras. Tiene
niebla mi corazón y me hace frío.
He pasado otros días, muchos días,
por esta acera y a esta misma hora
y nunca fué la noche así. Lo sabes
tú que no sé quién eres ya, y que fuiste.

Pero aquí estás, en cuerpo y alma enteros,
caminando conmigo, y Dios se acuerda
mejor que tú y que yo. Y ahora me paro
a mirar estas piedras y estas casas.
Sería facilísimo acordarme,
saber quién eras. Y aunque no del todo
—igual que tú—, quizá me acordaría
de algunas cosas, de palabras sueltas,
de tu sombra en la luz, de algo que dije
y algo que me dijiste. Estoy seguro.
Pero es mejor así: no recordarlo.
Es todo más total y así es más nuestro.